

¿Otro mundo es posible? Pistas falsas y sendas prometedoras

Is another world possible? False tracks and promising paths

Ermanno VITALE

Università della Valle d'Aosta (Italia)

Recibido: 10/12/2012

Aprobado: 23/04/2013

Resumen:

Este ensayo contiene un breve análisis de los desastres que el neoliberalismo imperante en la economía y convertido en auténtica ideología –en el sentido de una teoría que aspira a abarcar todos los aspectos de la realidad social– ha producido en los últimos treinta años. El análisis está organizado –por meras razones expositivas– en diez puntos en los que se presentan los dogmas del neoliberalismo, ampliamente desmentidos por su reflejo en la realidad, y las desastrosas consecuencias que su aplicación estricta por parte de muchos gobiernos y organizaciones internacionales ha provocado: persistencia de la pobreza absoluta, aumento de la desigualdad, destrucción del medio ambiente, infantilización del ciudadano, etc. Desde el punto de vista político, la consecuencia más grave es que el neoliberalismo se ha convertido en liquidador de una democracia construida con gran esfuerzo en occidente, con todos sus defectos, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Ante este diagnóstico, el ensayo intenta sugerir, para cada uno de los diez puntos, formas de resistencia cultural y política, augurando la recuperación del camino hacia la realización de ese tiempo de los derechos que, en opinión de Bobbio, habría caracterizado la historia del último siglo.

Palabras Clave: Neoliberalismo, democracia, resistencia, pobreza, desigualdad, huella ecológica

Abstract:

This essay offers a concise analysis of the calamities caused by neo-liberalism in the last thirty years, the prevailing economic doctrine, currently taken as a true ideology –in the sense of a theory that aims to cover all aspects of social reality–. The dogmas of neo-liberalism are presented –for mere explanatory reasons– in ten points, which are widely contradicted on the practical realm and by the disastrous consequences caused by their strict application by many Governments and international organizations: persistence of absolute poverty, increased inequality, environmental destruction, infantilization of citizens, etc. From a political point of view, the most perturbing consequence is that neo-liberalism has become a liquidator of the democracy constructed with so much effort in the West, despite all its flaws, in the second half of the 20th century. On this diagnosis, the essay suggests, for each of the ten points presented, we may indicate forms of cultural and political resistance, with the hope of recovering the path towards the realization of the age of rights, the main character – in Bobbio’s words – of the past century.

Keywords: Neo-liberalism, democracy, resistance, poverty, inequality, ecological footprint

1. Treinta años infames

Mal andamos. El malestar social (un eufemismo, casi) es palpable, y no sólo en Italia, sino en todos los lugares en los que se cumplen el magnífico destino y las promesas progresivas de la globalización económica y financiera. Como en una película de hace algunos años, *El puente de Casandra*, en que un tren cargado de pasajeros sin conductor ni frenos avanza a toda velocidad hacia un puente en ruinas, el tiempo para encontrar soluciones se agota rápidamente, y aumenta la angustia colectiva. Esto es algo que empieza a ser admitido ya –aunque sin indicar salida alguna– desde esa misma *ruling class* occidental que ha provocado el desastre de (in)“civilización mundial” en que nos encontramos, basada en el pensamiento único neoliberal y que se manifiesta a través de aquello que, con feliz neologismo, Gallino ha denominado “finanzcapitalismo”¹. Ha empezado a ser admitido hoy, pero después de haber aplicado durante casi treinta años devotamente, por no decir fanáticamente, sus preceptos, sus dogmas.

Thatcher y Reagan fueron los heraldos de las políticas neoliberales, pero los herederos de la tradición liberal, laborista y socialdemocrática se aplicaron con el mismo entusiasmo a ese mismo trabajo cuando han tenido la batuta en sus manos. Esas mismas *elites* se presentan ahora –sin vergüenza alguna, ni pudor– como los paladines de una recuperación que pasaría por la exacerbación de las políticas que nos trajeron a la situación en que nos encontramos. Aquí en Italia, con increíble descaro, se invita incluso a los ciudadanos comunes a participar al desmantelamiento del *Welfare*, denunciando disfunciones y pequeños despilfarros, pequeños en comparación con que generan los productos financieros “derivados”, apelando a un pseudo-civismo que es, en parte, delación y, en parte, el fruto

¹ Gallino, L., *Finanzcapitalismo. La civiltà del denaro in crisi*, Einaudi, Torino 2011.

de actitudes que serían propias de las épocas más oscuras del siglo pasado, mientras nadie toma una sola medida que deje entrever siquiera la más mínima voluntad de limitar los poderes salvajes de las finanzas y el mercado. Ante estas evidencias, sería verdaderamente el caso de recordar cuánta razón tenía Locke cuando tranquilizaba a sus críticos diciéndoles que, en realidad, los seres humanos son muy pacientes y no recurren al derecho de resistencia a cada momento, sino que acuden a él solamente en los casos extremos y tras una larga cadena de abusos.

Pero es que este es exactamente el caso: lo que está viviendo la gran mayoría es una interminable cadena de abusos, de distorsiones profundas del pacto social que establece las condiciones de la obligación política y que llamamos “Constitución”. Y el primer paso de una resistencia que plantee un retorno a la Constitución consiste en reconocer claramente que esta (in)“civilización mundial” en que nos encontramos ya no se corresponde –al menos en grado suficiente, aceptable– con el pacto social establecido tanto en la Constitución italiana como en las demás Constituciones y Declaraciones de derechos de la segunda posguerra. De eso me ocuparé en el próximo apartado, donde propondré una suerte de “decálogo” del credo neoliberal y de sus aplicaciones, que han traído la (in)“civilización mundial” del “finanzcapitalismo”, y en el que incluiré también alguna pequeña propuesta de “resistencia programática”.

Para resistir no basta con identificar los elementos de la ideología neoliberal que amenazan con producir un colapso del Estado democrático de derecho e imaginar a partir de ahí un cuadro normativo que se adhiera al espíritu del constitucionalismo moderno, que aspire a colocar las bridas al finanzcapitalismo, esto es, no sólo al poder absoluto y arbitrario de los soberanos (que detentan el poder político) sino también al poder absoluto y arbitrario de esos soberanos sin un rostro preciso que controlan tanto la economía mundial, como el sistema de los medios de comunicación de masas. Ciertamente, es necesario constitucionalizar más y mejor el poder económico e ideológico, buscando poner límites a la con-fusión de los poderes sociales, recurriendo nuevamente al olvidado arte liberal (no neoliberal) de la separación de poderes. Pero no es suficiente: precisamente porque la (in)civilización mundial tiene también, como veremos, una relevante dimensión sociocultural –esto es, se vale de la masiva disponibilidad a la “servidumbre voluntaria”–, habría que imaginar también y practicar otras formas de convivencia civil y reproducción social, ocupando en formas diversas el espacio en el que el mercado ha ido imponiendo progresivamente su dominio y sus reglas. Para renovar el sentido del pacto constitucional parece necesario avanzar un paso más en la dirección de progreso civil y moral que tuvo su primera formulación jurídica en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* de 1789, que marcó el punto final a la sociedad del *Ancien Régime* en su conjunto, no sólo en el plano jurídico. Sólo debilitando *fácticamente* al mercado, comiéndole espacio y poder a los procesos económicos y sociales, se podrá llegar a constitucionalizarlo o, en otras palabras, se conseguirá ponerle límites jurídicos eficaces. Sólo de esta manera, por cierto, es razonable imaginar que una vía para salvar a la economía financiera misma del riesgo, cada vez menos improbable, de un colapso a medio plazo.

En suma, necesitamos someter a la prueba de la teoría las sendas que prometen darnos indicaciones sobre lo que podemos hacer para reducir la velocidad de ese tren que avanza a toda velocidad hacia un puente que no va a resistir a su paso, hasta detenerlo completamente. Pero necesitamos darnos cuenta también de que en la búsqueda teórica de alternativas a la privatización salvaje del mundo, al darwinismo social y el predominio autodestructivo de la economía financiera, y a los desastres ambientales es posible encontrar y seguir pistas falsas, atajos sólo aparentemente prometedores y eficaces. Habrá que preguntarse si las perspectivas más ilusionantes no son meras contraseñas, fórmulas exhortativas útiles para llamar al combate pero que en realidad ofrecen más que soluciones impracticables o indeseables. Este escrutinio, esta reflexión autocrítica, en el momento en que se trata de pasar de la protesta a la propuesta, de la crítica de la (in)civilización mundial a la construcción de un modelo social diferente, es a mi entender ineludible.

2. Diez cuestiones cruciales

En este decálogo de los horrores que la ideología neoliberal y de la (in)civilización mundial ha contribuido generosamente a generar, cada lector encontrará ausencias o, por el contrario, afirmaciones demasiado perentorias, y quizá superposiciones y repeticiones inútiles. Soy consciente de que el “decálogo” no es más que un expediente expositivo, que algunos nexos van a quedar en el tintero y que, en sí mismo, el número diez no significa nada. Una presentación más ordenada y mejor argumentada del estado de cosas en que nos encontramos puede encontrarse en el libro de L. Gallino, *Finanzcapitalismo. La civilización del dinero en crisis*, de donde tomo buena parte de las sintéticas observaciones que ofrezco a continuación.

El mundo tal como es –hegelianamente racional– se presenta como un mundo en el cual:

1) El modelo de la racionalidad económica se ha convertido en pensamiento único y se presenta como “una teoría del todo”, una teoría capaz, finalmente, de explicar *todo de una vez por todas*, volviendo marginal al pensamiento crítico, entendido como posibilidad de imaginar un futuro que no sea reproducción o prolongación del presente, un futuro construido, por tanto, a imagen y semejanza del tiempo presente, casi como si el progreso intelectual, moral y civil de la humanidad hubiese alcanzado en la sociedad de mercado su última meta: “el neoliberalismo ha llegado a configurarse en la sociedad contemporánea como una construcción que, en su ámbito, la física aspira encontrar desde hace generaciones, aunque sin éxito: nada más y nada menos que como una teoría del todo. En ella se pretende someter cada dimensión de la existencia a la racionalidad económica, cuya culminación es el cálculo costo–beneficio, al que debe subordinarse *cualquier* acción humana. Característica fundamental de esta teoría del todo, del todo humano y social, es que no se limita a proveer una representación particular de la realidad. Ésta ofrece también las políticas más idóneas, desde su incontrovertible perspectiva, con el fin de crear una realidad que se aproxime cada vez más a las indicaciones de la teoría”².

1.a) La lucha por la hegemonía cultural debe proponerse, ante todo, quebrar el nexo, que suele darse por descontado, entre la tradición liberal que, uniéndose a la democrática, dio lugar al surgimiento de los regímenes democrático–constitucionales, y el llamado “neoliberalismo”. El movimiento teórico opuesto, el que consiste en tomar la democracia

² Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 26–7.

constitucional como mera “fórmula política” de la “civilización mundial” del saqueo y la tiranía neoliberal, implica la renuncia a tomar el control de una máquina que, al menos parcialmente, había conseguido crear un sistema de seguridad social y de contención de las desigualdades y había logrado establecer la utilidad social de la economía como límite a la libre iniciativa y a las ganancias. Valdría la pena releer a un liberal conservador como Croce, en las páginas en que, discutiendo con el liberista Einaudi³, se muestra favorable a la adopción de “medidas socialistas” siempre que éstas permitan a la persona el ejercicio de su libertad mejor que el libre mercado, porque lo que cuenta sobre todas las cosas es el libre desarrollo de la personalidad moral, y no del mercado.

2) El modelo neoliberal de racionalidad económica se ha convertido, paradójicamente, en un credo, contrario a la perspectiva *laica y liberal* de la duda y el sentido crítico que detesta el fanatismo, una fe (inmanente) que no admite la heterodoxia en sus axiomas y en los procesos explicativos mediante los cuales pretende plegar la realidad, especialmente cuando ésta los desmiente: el neoliberalismo se funda “sobre un par de axiomas y sobre la creencia en tres procesos perfectos. Los axiomas establecen que el desarrollo continuo del PIB al menos 2 o 3 puntos al año es indispensable inclusive en las sociedades que han alcanzado un satisfactorio Estado de bienestar, sólo para continuar asegurándolo. Por ende, es necesario un aumento proporcional del consumo anual, que se obtiene creando necesidades por medio de mercancías y comunicación de masas. Los tres procesos cuya existencia y beneficios no pueden ser puestos en duda pueden resumirse de la siguiente manera: 1) los mercados son perfectamente capaces de autorregularse; 2) el capital fluye sin falta ni dilación a donde su utilidad resulta maximizada; 3) los riesgos (de todo tipo: insolvencia, caída de precios, variaciones de las tasas de interés, etcétera), pueden ser calculados íntegramente, de manera que a cada nivel corresponde un precio justo en la entidad de referencia. Ninguno de los desmentidos que la realidad periódicamente ofrece ha logrado erosionar mínimamente estas creencias entre los autores neoliberales”⁴;

2.b) Para oponerse al neoliberalismo como forma de pensamiento totalitario sería muy volver a difundir con convicción y con prólogos adecuados (me gustaría decir, gobettianamente⁵) las ideas de los clásicos del pensamiento liberal: Constant, Tocqueville y, sobre todo, el Mill de *Sobre la libertad*, que argumenta incansablemente contra de la tiranía de la mayoría aturdida por la repetición de “lugares comunes”. Se necesita, simbólicamente, arrancar estos libros de las manos de los neoliberales, puesto que no fueron escritos por sus antepasados culturales y morales, sino por los nuestros. Si no se rehabilitan en su más amplio espectro los espacios, mentales y físicos, del disenso culto (culto en el sentido de la capacidad de análisis y argumentación, y no sólo del testimonio de descontento y la rabia, o de los impulsos voluntaristas), la resistencia y la rebelión se convierten en *jacquerie*, en revuelta estéril y efímera, y con ello, en un regalo más a la clase capitalista internacional, para justificar la reacción del *law and order*;

³ Luigi Einaudi (1874–1961), economista, político e intelectual italiano, de firmes convicciones liberales. Por “liberismo” se entiende, en el léxico político italiano corriente, la doctrina del librecambismo económico [N.d.T.].

⁴ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 28.

⁵ Piero Gobetti (1901–1926), periodista e intelectual, extraordinariamente precoz, que tuvo un destacado papel en la génesis cultural y política del antifascismo italiano [N.d.T.].

3) El ritual monetarista, mercantilista y neoliberal se oficia en casi todas las facultades y centros de estudio de economía, convirtiéndose en “sentido común” y, por ende, en saber políticamente atractivo no sólo para la derecha, lo que no es más que el muy discutible producto de modelos matemáticos abstractos, a menudo tomados acríticamente de la física, en una suerte de *reductio ad naturam* de los procesos sociales de la economía, que promueve una forma más o menos declarada de darwinismo social: “los manuales de economía de ascendencia neoliberal –que son aproximadamente nueve de cada diez– contienen una cantidad de gráficos que indican cómo al aumentar los salarios, crece la demanda de trabajo por parte de los individuos y, por el contrario, ésta se reduce en los periodos en los que los salarios disminuyen. Demostraciones irrefutables, se explica en esos textos, por el hecho de que muchos individuos, ante una oferta de puestos de trabajo con bajos salarios, prefieren el ocio al trabajo. Es por razones como estas por las que las actuales políticas laborales, que el neoliberalismo ha introducido en los países de la Unión Europea, insisten tanto en la necesidad de que cada cual asuma la responsabilidad de su propio destino laboral, concibiéndose como emprendedor de sí mismo. El neoliberalismo –prosigue Gallino– contiene también una exhaustiva teoría de la educación. El fin último y único de ésta en cada uno de sus niveles consiste en proporcionar al individuo las competencias profesionales que lo conviertan en sujeto productivamente útil. En ámbito universitario, tales teorías se han vuelto dominantes desde hace décadas, en un doble sentido. De un lado, en las facultades de economía al menos cuatro quintos de las asignaturas de licenciatura, especialidad y doctorado se dedican a difundirlas entre los estudiantes. De otro, los gobiernos y los entes locales presionan en este sentido para aplicarlas a la evaluación de lo que cada departamento o disciplina aporta al balance financiero de la institución universitaria: esto incluye también, por ejemplo, a la historia medieval o la filosofía de la ciencia”⁶;

3.c) Es necesario, sobre todo en la Universidad, reafirmar las doctrinas que Hobbes, sabiendo que es el soberano el que da el nombre a las cosas, había llamado “sediciosas”, aquellas que anticipan y preparan el cambio político porque proporcionan a los dominados instrumentos para hacer frente a la ideología dominante. ¿Qué entiendo por “doctrina sediciosa”? Por ejemplo, digamos de una buena vez, con fuerza, que rechazamos la invasión del lenguaje economicista en todos los sectores, la falsa perspectiva de la medición objetiva, de la transformación alquímica (pero a la inversa) de la calidad en cantidad; que cuestionamos que sea sensato medir el saber en créditos y deudas, o en el número de citas, o que todo el mundo deba explicarse mediante pseudo-fórmulas matemáticas que tienen la presunción de traducir en relaciones cuantitativas y neutras las cosas como son, proporcionando una “evidencia natural” a la que no se puede escapar. Librémonos del complejo de inferioridad ante los “científicos” y los “tecnócratas”, digamos con fuerza que para gobernar la diversidad de nuestras sociedades se precisa, antes que conocimiento técnico, que también es necesario, al menos una onza de saber humanista, de aquella antigua prudencia que nos pone en guardia frente a la ilusión de que sea posible establecer, mecánicamente, sobre la base de datos, estadísticas, sondeos y fórmulas, el éxito de una operación cultural tan delicada como la de hacer funcionar la maquinaria del Estado democrático de derecho y la sociedad subyacente conforme a sus principios.

⁶ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., pp. 29–30.

4) El modelo neoliberal se funda sobre el presupuesto, que ha dejado de ser razonable, de un mundo ilimitado, que presupone una humanidad con recursos infinitos, mientras que la literatura científica consolidada, corroborando al sentido común, está advirtiendo que nuestro planeta, desafortunadamente, se encuentra en la dimensión material de lo finito: “la huella ecológica del planeta en 2008 había alcanzado el nivel 1,3. Ello significa que nuestro planeta, además de los propios, está consumiendo un tercio de los recursos de otro, esto es, está destruyendo a un ritmo acelerado los ecosistemas que sostienen la vida. De proseguir la tendencia actual, se estima que en torno al año 2050 la civilización–mundial necesitaría de *un segundo planeta entero*, además del nuestro, a fin de satisfacer el consumo de recursos naturales, incluyendo aquí la capacidad de absorber o regenerar los desechos que se generan”⁷;

4.d) ¿Han observado Ustedes que la “crisis” ha borrado de la agenda de los grandes medios el tema del medio ambiente? Si antes se tenía había tímido esbozo, ahora la cementificación vuelve a ser presentada como la dura y obvia consecuencia del “crecimiento”. Para hacerle frente a esta locura es preciso seguir profundizando con seriedad en las cuestiones señaladas por las corrientes del movimiento por el decrecimiento. O mejor dicho, debemos preguntarnos qué significa “crecimiento”, una palabra mágica obsesivamente repetida por todos los políticos y que contiene, si se entiende de la forma en que lo hemos hecho hasta ahora, la más peligrosa de las ilusiones. Si “crecimiento” significa hacer obras tan faraónicas como inútiles, consumir el suelo, aumentar el PIB a través del desperdicio de unos recursos que son finitos, adoptar estilos de vida crecientemente absurdos a escala planetaria, etcétera, augurémonos desde ahora mismo que el plan fracase y las economías se aparten para siempre del camino del crecimiento, porque podría ser (de verdad) el comienzo del fin. El único crecimiento rápido del que tenemos una urgente necesidad es el crecimiento civil y político que, por un lado, permitiría reorientar la economía hacia la utilidad social y la compatibilidad con el medio ambiente y, por el otro, permitiría retomar una discusión pública sobre qué es lo que podemos considerar como verdadero bienestar social y colectivo;

5) La dimensión puramente consumista (la funcionalización al mercado que llega a su ápice en el crédito al consumo de objetos superfluos) que se impone a las existencias individuales está produciendo una auténtica *regresión antropológica* que invita a recorrer en sentido contrario la vía indicada por Kant cuando definía la Ilustración como salida de los hombres de la minoría de edad: “A la vez que está privando a un número creciente de personas cualquier posibilidad de trabajo, precisamente cuando la esencia de la personalidad moderna se construye en torno al trabajo, la civilización–mundial, que disuelve la frontera entre economía, política, cultura y comunidad, produce sin cesar jóvenes vestidos con trajes impropios (*corrupt*), adultos estancados o devueltos a la infancia, y ciudadanos que interiorizan el evangelio del consumo en lugar de las reglas de la democracia. Sobre la circunstancia de que la sistemática producción en masa de caracteres humanos similares refleje no una mera mutación en las costumbres, sino una dramática degradación de la política, Marcuse ha llamado la atención desde los años sesenta [del siglo pasado], describiendo los rasgos del hombre unidimensional y de su Conciencia feliz: una conciencia que lo lleva a describir los sentimientos más profundos, tanto los afectos como las aversiones, usando los términos de los anuncios publicitarios”⁸. Y para impedir que el ser humano llegue a convertirse en un ciudadano responsable, nada mejor que “dar el

⁷ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 38.

⁸ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 36.

mayor protagonismo a la ideología de la privatización –observa Barber– expresión fresca y vigorosa de la filosofía del *laissez-faire* que favorece a los mercados libres en lugar de la regulación por parte de la administración pública y *asocia la libertad con el tipo de elección personal que se le ofrece al consumidor*⁹;

5.e) Para combatir este fenómeno se suele hacer referencia a la escuela pública como bastión de la formación para una ciudadanía responsable. Pero este bastión se ha debilitado y además se le pide explícitamente, quién quiera que sea el soberano de turno, que proporcione a los alumnos competencias especializadas para entrar en un inexistente mundo laboral, y no que se encargue de formar ciudadanos. En su día, los que ejercían una función crítica eran los partidos, con sus secciones capilarmente distribuidas y sus escuelas de formación política, ideológicamente sesgada. En este momento, hasta donde sé, los únicos lugares (meros nichos, indudablemente) en los cuales la libertad es entendida como algo que no está asociado a la libertad de elección del consumidor, y que se practica rechazando el consumo y la civilización del dinero, son los centros sociales y las experiencias, ciertamente efímeras, de las casas ocupadas.

6) En la deriva más reciente de la transformación neoliberal de la sociedad, el consumismo patológico ya no se conjuga, paradójicamente, con la centralidad de ese trabajo que debería alimentar el consumo, sino que tiende a producir ocupaciones semi-esclavizantes, que generan ganancias equiparables a las de la especulación financiera, en cierto modo proponiendo de nuevo –multiplicado en función de la dimensión global de la oligarquía financiera– ese movimiento de acumulación originaria que caracterizó la fase inicial de la así llamada “revolución industrial”, con sus océanos de pobreza, dolor, desigualdad, desesperación y muerte: “las personas que viven en habitaciones sin los servicios higiénicos y sanitarios más elementales, aunque no se encuentren ubicadas en *slums*, superan en realidad los 2.5 billones, que aumentarían a más de cuatro si tomamos los estándares de la Europa a 15. Más de un billón de individuos viven a un kilómetro o más de una fuente de agua y consumen cinco litros de agua al día en lugar de los trescientos litros de agua potable que consume cada habitante de la Unión Europea. Mientras, el número de personas que pasan hambre, de acuerdo a las estimaciones de la FAO, ha superado el billón a causa de la crisis, frente a los 840 millones de 2006. Junto a estos datos, hay también una situación que no es menos dramática: el elevado nivel de inseguridad socioeconómica que atenaza a grandes masas de personas, que la crisis ha acentuado si cabe en los países desarrollados. Personas que se preguntan con angustia si el próximo mes o tal vez, mañana, seguirán teniendo un trabajo, ingresos, una casa, la posibilidad de mandar a sus hijos a una escuela o si tendrán comida suficiente para sí mismos y para ellos”¹⁰.

6.f) Desde niño vengo oyendo hablar de hambre, sed y desnutrición, (hace cincuenta años nos enseñaban las imágenes de los niños esqueléticos de Biafra). Frente a estos datos (en aumento, estos sí), y pese a que podría decirse que sus causas son múltiples, es arduo afirmar que la economía de mercado y las finanzas son la mejor de las respuestas. Necesitamos retomar como punto de partida ideal el Estatuto de los Trabajadores para llegar a un constitucionalismo de derecho privado (Ferrajoli), en el que se pongan límites a la iniciativa empresarial y a la mercantilización del mundo, resultado de la sacralización de la propiedad privada, de la cual habrá que reconocer, de una vez por todas, su carácter de derecho no fundamental, un derecho que sin duda existe, pero que es disponible y alienable.

⁹ Barber, B., *Consumati. Da cittadini a clienti*, Einaudi, 2010, p. 117.

¹⁰ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 34.

Sobre esta base, podrían establecerse la tasa Tobin e impuestos patrimoniales; podrían ocuparse legítimamente los inmuebles de propietarios que no los utilizan y los mantienen cerrados a la espera de obtener ganancias enormes a través de la especulación inmobiliaria; podrían establecerse formas de re-nacionalización de bienes y servicios esenciales, en vista de que, por lo demás, la pseudo-competencia no lleva sino a la formación de cárteles, que no producen al final sino un aumento de los precios y las tarifas; podría forzarse al mercado a reducir sus dimensiones hipertróficas, expandiendo y dando protagonismo social a una economía informal basada en la donación, entendida como prestación de intercambio personalizado y diferido (Mauss, Latouche, Salsano y todo el movimiento antiutilitarista en ciencias sociales), que en el fondo es ya la modalidad de relación sobre la que están contruidos nuestros vínculos más sólidos, los del individualismo cooperativo y solidario, sin los cuales, en verdad, nuestra existencia sería una prueba aún más difícil de superar.

7) Aun suponiendo que la completa renuncia a la responsabilidad social fuera sostenible y la represión de las formas de disenso y revuelta fueran eficaces –esto es, que la ciudad platónica de los oligarcas lograra librarse del asedio al que la tiene sometida la otra ciudad, la de los pobres y cada vez más pobres–, la economía hiperfinancierizada y desregulada parece caminar directamente hacia el colapso, la implosión sistémica, producida por el abuso del apalancamiento financiero y la titulización de la deuda, es decir, por los geniales hallazgos de los *managers* metidos a aprendices de brujos que bebían las fuentes del neoliberalismo: “en poco más de veinte años –escribe todavía Gallino, corroborando esta afirmación con abundantes argumentos que no es posible retomar aquí en detalle– el sistema financiero mundial, que en sus cuatro quintas partes es reconducible al mercado norteamericano y de la Unión Europea, ha creado de la nada una inmensa cantidad de dinero, en el orden de centenares de trillones de dólares y euros. Una parte de la masa creada está constituida por dinero que adopta las formas monetarias tradicionales; pero una parte mucho mayor está constituida por dinero que adopta una forma nueva. El peso de esta última masa de dinero, su caótica distribución y sus movimientos incontrolados han introducido en la economía global desequilibrios estructurales que no pueden ser afrontados en el marco de la arquitectura financiera actual. En este periodo han producido una serie de efectos perversos dañinos para la civilización–mundial entera”¹¹. Por mencionar un par de ejemplos intuitivamente eficaces, basta pensar que el dinero hoy circulante en efectivo o conservado en depósitos bancarios es equivalente al 2 o 3% de la masa monetaria, mientras que a la mitad del siglo veinte alcanzaba todavía el 30–40%; y que los bancos norteamericanos son obligados a contar con una reserva obligatoria (patrimonio de vigilancia) de un dólar por cada diez que prestan, mientras que en otros países (incluyendo la Unión Europea) es suficiente con que los bancos dispongan (realmente) de 8 euros por cada 100 prestados. Estos límites son, además, esquivados de distintas maneras, pero aún si fueran respetados algo nos dicen sobre la “economía de la estafa” y sobre la “credibilidad” de las instituciones de crédito para hacer frente a “imprevistos” enteramente predecibles, así como sobre el enloquecimiento general del sistema financiero, del cual la explosión de la burbuja especulativa e inmobiliaria de 2008 parece haber sido nada más que el primero de los síntomas.

7.g) A este propósito, Gallino se pregunta (desconsoladamente, a decir verdad) si existe la posibilidad de “civilizar el finanzcapitalismo”, y de vislumbrar las condiciones de aquello que Polanyi habría llamado un “contramovimiento”. Porque el riesgo de que el “contramovimiento” sea solamente ficticio y tome la forma de una reacción autoritaria, en

¹¹ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 169.

lugar de ser una recuperación del pacto de ciudadanía de matriz socialdemócrata, es alto. Algún movimiento en esta dirección ya se ha producido (por parte de alguna ONG, movimientos “altermundialistas”, unos pocos intelectuales críticos), pero desde las “potentes instituciones” que podrían sentar las bases de una eficaz red de medidas y políticas capaces de limitar el mercado y los poderes salvajes que lo integran. No es que falten las ideas, lo que falta es la fuerza para defenderlas. Por ejemplo, para reducir el poder de las finanzas, deberían revertirse los procesos de fusión bancaria, reduciendo su tamaño, los balances deberían ser más transparentes (en oposición a las “finanzas opacas”), se debería regular fuertemente el mercado de los derivados e impedir que los títulos de crédito complejos, que requieren de conocimientos especializados, pudieran venderse al gran público de pequeños y pequeñísimos inversores, tal como se hizo regularmente en los años noventa. Para ello, de entrada habría que separar rígidamente la banca de depósito de la banca de inversión, como se hizo en Estados Unidos después de 1929 (con la Glass–Steagall Act de 1933). Una ley que fue diluyéndose poco a poco, hasta ser derogada definitivamente bajo la administración del demócrata Clinton... Son cuestiones complicadas que tal vez no nos parezcan apasionantes. Pero, si queremos resistir y poner sobre la mesa el debate sobre esta forma de dominio, debemos conocer bien el adversario al que nos enfrentamos;

8) La ideología del mercado que asigna los recursos de la forma más racional posible, favorece la libre competencia y sonríe a todos aquellos que están dotados de espíritu de iniciativa es, en verdad, una ideología en el sentido marxista del término, que oculta la naturaleza *política* (y autocrática) de las decisiones sustanciales tomadas por unos pocos sujetos que transitan de una institución financiera a otra y en no pocos casos de éstas al gobierno de sus países: “la financiarización del mundo, que puede ser descrita también como transformación del capitalismo productivista del pasado al actual capitalismo de mercados financieros, ha sido cuidadosamente dirigida por la que, de un tiempo a esta parte, conviene denominar la *clase capitalista transnacional*. Una clase cuyos miembros ascienden a una decena de millones de personas en todo el mundo, sostenida en el plano político y en el ideológico por una clase paralela, cuya dimensión es aproximadamente el doble que la primera, formada por políticos, dirigentes de organizaciones internacionales, intelectuales, académicos, editores, periodistas, profesionales de éxito y altos funcionarios del Estado. Entre los vértices de estas dos clases los intercambios personales son intensos y regulares.” Nunzia Penelope, en *Soldi rubati*, sostiene que al costado de estas instituciones existe una cúpula todavía más restringida y oculta que es la que toma las decisiones: “a comienzos de 2011 el *New York Times* revelaba la existencia de una verdadera cúpula de grandes banqueros que ejercen un poder exclusivo sobre el mercado mundial de derivados. Un club de amos del universo, nueve en total, los mismos que han provocado el colapso de 2008, que se reúne cada tercer martes del mes en el Midtown de Manhattan para decidir los destinos del mundo: Goldman Sachs, Morgan Stanley, JP Morgan, Citigroup, Bank of America, Deutsche Bank, Barclays, UBS, Credit Suisse. Oficialmente, los nueve banqueros de este potentísimo comité de negocios tienen la tarea de ‘salvaguardar la estabilidad y la integridad’ de un mercado que mueve cada día miles de billones de dólares. Pero de hecho, escribe el *New York Times*, el club de los nueve protege los intereses de los grandes bancos que lo conforman, perpetúa su dominio, se opone a cualquier esfuerzo por hacer transparentes los precios y las comisiones”¹²;

¹² Penelope, N., *Soldi rubati*, Milano, Ponte alle Grazie, 2011, pp. 185–6.

8.h) Una vez más, los temas centrales vuelven a ser, por un lado, la “con-fusión” de los poderes sociales y la tendencia a anular la separación que debería existir entre las esferas de lo público y lo privado; por otro lado, la necesidad de formar, por otras vías, una clase dirigente capaz de guiar el proceso de salida de la confusión de poderes, del pensamiento único y el darwinismo social para regresar al cauce liberal y constitucional de la separación y a la “edad de los derechos” bobbiana. Las limitaciones del asamblearismo son de sobra conocidas. Habría que dejar de lado las divisiones estériles e intentar conformar una suerte de CLN (Comité de Liberación Nacional), o mejor dicho, un CLI (Comité de Liberación Internacional), que recoja, discuta y transforme en acciones las propuestas de quienes se reconocen en una situación similar a la que he delineado hasta aquí;

9) Entre las consecuencias del empobrecimiento económico y moral y de la infantilización de la sociedad está el recrudescimiento de los fenómenos de exclusión y discriminación, nunca completamente superados, la tendencia a la regresión cultural fascistoide de una sociedad formalmente (¿aparentemente?) gobernada por las instituciones de un Estado democrático de derecho. Sólo un ejemplo, entre los muchos posibles. Escribe Revelli, comentando la ordenanza de 2007 del alcalde de Florencia Dominici, con la que se pretendía alejar a los limpiaparabrisas de los semáforos, que lo temible en ella no era tanto su eficacia práctica como las consecuencias que podría tener sobre el sentido común: “el trabajo que produce sobre la mentalidad dominante, sobre el sentir común, sobre aquellos que en otro tiempo se llamaban los sentimientos morales de la nación, es de todo punto inaceptable, en términos de deshumanización, degradación de la relación con el otro. De la imagen misma que nos hacemos del otro. Y de de-construcción del fragilísimo, pero real, trasfondo de humanismo que ha ido formándose por la influencia conjunta del cristianismo y el socialismo, de la tolerancia y el respeto hacia los más desfavorecidos. El mensaje que deja la ordenanza del alcalde de Florencia es exactamente el contrario: la supresión de oficio de las posibles razones del otro. Su transformación en amenaza potencial. Más aun, la incomodidad. Obstáculo. Molestia que ha de ser eliminada de las calles y de la vista, como los residuos urbanos. No es siquiera una cuestión de ‘orden público’: es de limpieza urbana, porque las ‘vidas desperdiciadas’, como las llama Bauman, han de ser apartadas de la vista de los buenos ciudadanos que pagan sus impuestos y, sobre todo, que votan. Objetos desagradables, que enturbian la armónica pulcritud de nuestras vidas normales”¹³.

9.i) Frente a las vidas desperdiciadas, como frente a las mercancías, producto de la (in)civilización mundial, si es verdad que la estrella polar de la izquierda sigue siendo todavía, aunque remotamente, el valor de la igualdad, entonces la izquierda más “moderada” no podrá permitirse que se condene a la irrelevancia la vida de los últimos. No es posible transigir: en este punto se cruza una frontera moral y civil que va más allá de la distinción entre derecha e izquierda, y que atañe a aquello que debería unirnos a todos en el respeto de un pacto de convivencia fundado en la prioridad de los derechos individuales como son las constituciones modernas, y que me obligan a dejar de considerar como adversarios políticos, sino a tratar como enemigos, a quienes están produciendo esas vidas desperdiciadas y las están “certificando” desde el punto de vista jurídico.

¹³ Revelli, M., *La fine dell'umanesimo sociale. Firenze contro i lavavetri*, Id., *Controcanto. Sulla caduta dell'altra Italia*, Milano, Chiare lettere, 2010, p. 43.

10) Finalmente, debemos preguntarnos, casi a modo de síntesis de los nueve puntos anteriores, si la democracia como forma de gobierno y el neoliberalismo como doctrina socioeconómica “totalitaria” no serán del todo incompatibles, y si esta última no ha roto el “contrato social” al declarar, por la vía de hechos, la guerra a la democracia y a la que Bobbio definía como la “edad de los derechos”: “Aplicado a una sociedad democráticamente constituida [el argumento antiabsolutista del liberalismo del siglo diecisiete, la no interferencia por parte del soberano en la libre iniciativa económica] se transforma, en la práctica, en un argumento contra la democracia. El neoliberalismo no representa una nueva fase de la democracia liberal, sino que debe ser considerado, más verosímilmente, como su sepulturero”¹⁴. Aunque no fuera más que porque las decisiones públicas más importantes son tomadas por comités de negocios y no por los parlamentos, como había observado Dahrendorf hace algunos años, para restituir el sentido a los procedimientos del Estado democrático de derecho, sería preciso establecer, en primer lugar, un freno jurídico y fáctico a la desbordante “con-fusión” del poder económico con el político y el ideológico. En otras palabras, sería preciso reaccionar a la derrota y (re)comenzar aquélla que en otros tiempos –antes de que fuese ideológicamente declarada la muerte de las ideologías– se llamaba una lucha por la hegemonía. *Cultural*, en primera instancia, como los neoliberales parecen haber entendido y practicado con éxito al menos desde los años ochenta del siglo pasado. Es una empresa difícil, casi desesperada, en vista de cuáles son las relaciones de fuerza: la única ventaja es que no se ve ninguna vía de salida mejor a la que yo definiría como “resistencia constitucional” o “resistencia programática”, en el sentido de que supone al mismo tiempo una recuperación y una renovación “utópica” del constitucionalismo moderno.

3. Conclusión. Indignación y espíritu crítico

Todavía, quisiera reiterar claramente que, para oponerse al neoliberalismo, no es necesario salirse del surco de la modernidad política y de la Ilustración, de los que proviene el constitucionalismo. Que la Ilustración es espíritu crítico capaz de volverse incluso contra sí mismo, y que no ha de ser confundido ni con el cientificismo ni con el positivismo, y mucho menos con alguna forma de tecnocracia; y que estas derivas no pueden serle atribuidas, porque más bien son formas de superstición, que han de ser sometidas a crítica, igual que las creencias populares y las oscuridades teológicas medievales.

Y a propósito de la Edad Media. No hay lugar para contraponer el “cuento de hadas” de un Medievo bucólico y edulcorado, compasivamente atento a los desheredados, con una modernidad despiadada y reducida al mero ascenso de la burguesía y el capitalismo; ni para renunciar a la claridad cartesiana del razonamiento y para entregarse a los ambiguos encantos de la fenomenología y el existencialismo. En suma, de lo que se trata es no de combatir el credo y el dogmatismo neoliberal imperante con otra visión fideísta del mundo, sino de separar el trigo de la paja en el interior mismo de un movimiento que ha producido la superación, por un lado, de una economía de subsistencia técnicamente incapaz de asegurar a la mayoría una vida digna de ser vivida y, por el otro, de una concepción holística y armónica de la política que, en el mundo antiguo y medieval, no permitía siquiera imaginar que los seres humanos (vivos) pudieran ser titulares de derechos, *anteriores axiológicamente* a los deberes, y oponibles frente a la colectividad política a la que pertenecen.

¹⁴ Gallino, L., *Finanzcapitalismo*, op. cit., p. 27.

El mismo Marx de *El Manifiesto*, por otra parte, no parecía tener nostalgia alguna por la Edad Media y describía, con lucidez, la función históricamente revolucionaria de la burguesía, principalmente en tanto que reveladora de una explotación oculta:

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario. En donde ha conquistado el poder, ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales o idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más relación entre las personas, que el simple interés económico, el del dinero contante y sonante. [...] Redujo todos los innumerables derechos del pasado, que hacía tiempo que se habían adquirido y que estaban bien escriturados, a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Dicho en pocas palabras, substituyó un régimen de explotación casi oculto por los velos de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen de explotación franco, descarado, directo, escueto.

Se trata, entonces, pese a todo, de mantener la mente fría y de mantener la distinción, en la crítica a esta incivilización—mundial, no sólo entre vulgata economicista y liberalismo de los derechos, de matriz kantiana, sino también entre esa misma vulgata y el liberalismo “tomado en serio”, de matriz einaudiana (para criticarlo por lo que afirma, sin convertirlo en un adversario demasiado fácil). Se trata de evitar cortocircuitos teóricos y fáciles atajos que, en el mejor de los casos, pueden inflamar las pasiones de los indignados y enojados, pero que no son capaces de construir proyectos a medio y largo plazo. Escribía Bobbio, en su polémica con los comunistas —allá por los años cincuenta— a propósito de la libertad:

Respecto de un mecanismo tan complicado y delicado como es el Estado liberal es ridículo preguntarse si ha sido inventado por la clase burguesa, lo que importa es preguntarse si ese tipo de régimen garantiza ciertos valores fundamentales que importan a todos los hombres en cuanto tales (burgueses o proletarios, chinos o ingleses, clérigos o laicos), como la libertad y la seguridad, en mayor medida que otro régimen distinto, especialmente en comparación con aquella forma que liberales y comunistas están de acuerdo en llamar dictadura. Que esta máquina del Estado de derecho en manos de la burguesía funcione excelentemente para garantizar la libertad y la seguridad de los burgueses y, un poco menos bien, de los proletarios, es algo indiscutiblemente verdadero, pero ello no disminuye los méritos de la máquina, la cual, además, no es responsable por el modo en que es utilizada. Sé también que esta máquina está lejos de ser perfecta; pero la manera para perfeccionarla no es destruyéndola¹⁵.

Sólo con una actitud como la de Bobbio, que en absoluto descarta la radicalidad de la crítica y la propuesta, podemos adentrarnos —como he tratado de hacer, aunque sin hacerme demasiadas ilusiones— en la búsqueda “filosófica” de alguna indicación programática que se corresponda con el fin de aproximar la realidad política y social al ideal del Estado democrático de derecho. En el fondo, *nihil sub sole novi*.

¹⁵ Bobbio, N., *Politica e cultura*, edición a cargo de F. Sbarberi, Torino, Einaudi, 2005, p. 126.